



LA PSICOLOGÍA DE LA PERSONALIDAD Y LAS TEORÍAS COGNITIVAS Y DEL PROCESAMIENTO DE LA INFORMACIÓN

J. M. ZUMALABE MAKIRRIAIN
Universidad del País Vasco

Resumen

En este trabajo se pretende analizar, a través de la literatura más reciente, las consecuencias que en el ámbito de la Psicología de la Personalidad ha tenido el desarrollo de las teorías cognitivas o del procesamiento de la información de la personalidad. La emergencia de este nuevo punto de vista en un campo caracterizado por la heterogeneidad, diversidad y multiplicidad ha abierto unos horizontes que hacen resurgir la esperanza en una teoría de la personalidad científica, rigurosa e integradora que sea aceptada más o menos mayoritariamente. Ahora bien, para que estas expectativas se confirmen es preciso resolver una serie de problemas pendientes y que son fundamentales en el estudio de la personalidad. También analizamos las limitaciones y los riesgos potenciales de los que naturalmente no quedan libres estos enfoques, y que nos empujan a mostrarnos prudentes y a mantener ciertas reservas respecto del futuro, aunque existen indicios para una esperanza razonable.

Abstract

Through a review of the recent literature and state of the art in the realm of Personality Psychology, this paper intends to analyze the impact and consequences that the developments of cognitive and information processing theories have for this field of inquiry. The emergence of a new perspective in an area characterized by multiple, diverse and heterogeneous point of views, opens horizons of hope and expectations of an integrative, rigorous and scientific theory of Personality, more or less acceptable for a majority. To confirm this expectation, however, a core of basic and unresolved problems in the study of personality must be set and solved. Also, we analyze the limitations and potential risks arising in these new accounts which compell us to be prudent and to take some reserves concerning their future although there are signs for a reasonable hope.

Introducción

En el ámbito de las llamadas ciencias humanas las diferentes disciplinas evolucionan en múltiples direcciones y además las diversidades, dualismos internos y multiplicidades se acentúan en el interior mismo de cada disciplina. Podemos hablar de sociologías, economías y psicologías diversas: «El actual desarrollo del saber no tiene en modo alguno el aspecto de un progreso lineal organizado o tendente a la unidad» (Van Rillaer, 1978, p. 29).

En lo que concierne a la psicología de la personalidad, en la que proliferan las teorías, modelos y sistemas, existen contradicciones entre los contenidos de las diferentes teorías. El estudio de la personalidad en su fase experimental tiene una vida corta, pues ha comenzado a rendir frutos desde sólo hace veinticinco o treinta años. Posiblemente no se han

acumulado los hechos científicos suficientes como para articular un paradigma que unifique los campos, criterios y métodos de investigación. Se trata de una ciencia a la búsqueda de su propia identidad, para lo que se hace necesario un intento de evitar y superar las contradicciones a través de la unificación de los elementos comunes y de la definición estructurada del ámbito o rango de aplicación de los elementos divergentes.

Las razones de esta situación de complejidad, heterogeneidad, multiplicidad y diversidad de concepciones, modelos, sistemas y teorías no son sólo de orden metodológico sino que están vinculadas a la misma naturaleza del hombre; pero no es el objeto de esta revisión analizar tales razones. Para José Luis Pinillos: «Uno de los campos más complejos, por no decir confusos, de la psicología actual es el de la personalidad humana» (Pinillos, 1988, p. 4).

La mayor parte de las últimas revisiones han sido bastante pesimistas y casi en su totalidad se han mostrado muy críticas al respecto: «... uno llega a la conclusión de que, en general, algo no marcha del todo bien en psicología de la personalidad, a pesar de que algunos creen que las cosas están mejorando» (Pervin, 1988, p. 73). Sechrest (1976) manifiesta que el estado de psicología de la personalidad es lamentable; Meehl (1978) se cuestiona la posibilidad de llegar a una teoría efectiva de la personalidad, y de la misma opinión son Loewinger y Knoll (1983), que expresan una muy poco favorable opinión sobre lo avanzado en este campo; Phares y Lamiell (1977) creen que atravesamos un período de crisis.

Aunque sean minoritarias, otras opiniones son más optimistas. Así, Carlson (1975) opina que vuelve a haber una tendencia hacia la consideración de lo complejo en psicología de la personalidad, y Helson y Mitchel (1978) aseguran que progresivamente estamos ampliando la investigación y enriqueciendo el paradigma en este ámbito.

Aunque la mayoría de las revisiones se muestren pesimistas respecto a esta disciplina, nosotros creemos que hay indicios que pueden hacernos albergar razonables esperanzas. Rorer y Widiger (1983) presentan una propuesta de cómo debería ser este campo, a su entender, y creen que su alternativa después de un período de fuertes discrepancias y discusiones será aceptada por la mayoría de psicólogos de la personalidad; ahora bien, previamente sugieren que gran parte de la literatura al respecto no aporta nada porque no supone un incremento significativo en el corpus de conocimientos. La suya es una postura crítica pero constructiva y razonablemente optimista.

Parece claro que se reconoce mayoritariamente la existencia de fragmentación y la escasez de estudios con las cualidades deseadas en psicología de la personalidad. Pero, por otra parte, hay que consignar que aun reconociendo estos aspectos negativos y poniendo el énfasis en los mismos hechos que resaltan las previsiones pesimistas, es decir, en aquello que es integrador y dinámico, también se vislumbran opiniones optimistas y esperanzadas, aunque posiblemente estén más fundadas en las previsiones deseables que en hechos constatados en el pasado reciente.

El surgimiento de un nuevo punto de vista: la teoría cognitiva de la personalidad

En los últimos años hemos empezado a ver el desarrollo de la teoría cognitiva de la personalidad (Bandura, 1982; Cantor, 1981; Cantor y Kihlstrom, 1981, 1982; Mischel, 1983) influida principalmente por los avances de la psicología social en cognición social (Hastorf e Isen, 1982; Higgins et al., 1981; Wyer et al., 1984; Zanna et al., 1982), y por las aportaciones de la terapia y modificación de conducta (Wilson y Franks, 1982): «La psicología se ha vuelto cognitiva

en general y la personalidad no es ninguna excepción» (Pervin, 1988, p. 80).

Las señas de identidad de este nuevo punto de vista que emerge están a medio camino entre la psicología experimental cognitiva (Bower, 1978) y un énfasis en cómo las personas codifican, almacenan y recuperan información. El individuo colabora en la constitución de sus conocimientos; éstos no son simples reacciones, son siempre construcciones. Si un individuo ha participado en sus cogniciones, cabe concluir, a la inversa, que el estilo de las cogniciones permite inferir el tipo de individuo: «Su nota distintiva esencial consiste en entender la personalidad como sistema dinámico elaborador de información (Ame-lang y Bartussek, 1986, p. 397). Por tanto, el atributo «cognitivo», como consecuencia de la creciente orientación hacia la lógica de computadoras y de la mayor atención a los procesos de formación estructural, se equipara cada vez más con la recepción y elaboración de información: «Cognitivos son todos los procesos que proveen al individuo informaciones sobre el medio ambiente (percepción) o hacen referencia al almacenamiento (conceptualización, categorización, organización de la memoria) y transformación de la experiencia, como por ejemplo la codificación lingüística» (Köstlin-Gloger, 1974, p. 20). Otros autores proponen un esquema más amplio y «... admiten entre los estímulos objetivos (observables) y las (re-)acciones (igualmente observables) una especie de procesos donde el individuo estructura la información recibida y dirige su conducta (cognitiva y emocional) hacia autoimágenes, expectativas generales, necesidades, estrategias de dominio y estrategias de defensa» (Fisseni, 1987, p. 141).

Aunque es en los últimos años cuando más literatura e investigaciones han generado, los enfoques cognitivos de la personalidad no son tan nuevos y recientes. En Blake y Ramsey (1951) y Messik y Ross (1962) ya estaba presente la insistencia en lo cognitivo. La teoría de los constructos personales de George A. Kelly (1955) fue publicada hace ya treinta y tres años; según José Luis Pinillos (1988), «es obvio que el desplazamiento máximo hacia una psicología cognitiva de la personalidad se inicia con el giro dado por Kelly en los años cincuenta, al publicar su psicología de los constructos personales» (Pinillos, 1988, p. 9). Walter Mischel (1981) señala que George Kelly y Carl Rogers se anticiparon a varios de estos desarrollos actuales, e indica que la sabiduría del primero en especial no ha sido todavía reconocida del todo. Durante los años sesenta fue bastante popular el concepto de estilo cognitivo (Goldstein y Blackman, 1978; Sigel et al., 1967). Estas aportaciones representan importantes derivaciones de la teoría tradicional de la personalidad y todavía hoy los enfoques cognitivos de la personalidad conservan su influencia, aunque, justo es decirlo, en este campo y, por lo general, se realizan pocos trabajos de investigación a partir de los psicólogos precursores o que se vean claramente influidos por ellos. Esta última afirmación cobra una significación especial si nos referimos al área de la afectividad y a

la importancia que se le concede en las teorizaciones de Carl Rogers y George Kelly.

La teoría de la personalidad tradicional tiende a insistir en la consistencia y estabilidad y la teoría cognitiva del procesamiento de la información actual habla más de discriminación y flexibilidad. Así como la primera busca generalizaciones predictivas sobre la persona, la segunda intenta hacer predicciones específicas sobre las situaciones; mientras la primera habla de conceptos como predisposiciones y necesidades, la segunda insiste en las estructuras categoriales y estrategias de inferencia; si la primera da importancia a la dinámica y a la motivación, la segunda pone el acento en la economía cognitiva y en las limitaciones de los procesos cognitivos diarios; la primera considera el self como un agente causal y un concepto unitario, mientras que para la segunda no es más que un conjunto de múltiples esquemas: «Sin dejar de ser tolerante con los conceptos y métodos de la psicología cognitiva, esta nueva aproximación a la personalidad empieza a ser predominante en toda la literatura» (Pervin, 1988, p. 83).

En el modelo cognitivo de procesamiento de la información, el contenido al que se da relevancia se refiere a la forma en que las personas codifican, almacenan y recuperan la información relevante para ellas mismas o para las situaciones o acontecimientos. En contraposición al énfasis en las categorías de rasgo, lo importante aquí es el acento en el cómo la gente interpreta su mundo y toma decisiones relevantes basadas en una teoría causal implícita (Nisbett y Wilson, 1967). En claro contraste con la teoría psicoanalítica se subrayan las fuentes no motivacionales de error en la percepción y apreciación (Gur y Sackheim, 1979, Sackheim y Gur, 1979). En contra de lo que suponen las teorías behavioristas, la conducta no es algo meramente reactivo y está determinada en mayor medida por la representación cognitiva del medio ambiente que por el entorno físico (Baldwin, 1969; Thomaes, 1971; Trautner, 1978): «La representación cognitiva no se limita a reproducir el entorno físico, sino que es la resultante de intercambios entre estímulos externos y la persona (valoraciones subjetivas, necesidades, autoimágenes, etcétera)» (Fisseri, 1987, p. 157).

Son numerosos los estudios de investigación sobre el self como estructura cognitiva que influye en la atención, organización y caracterización de la información, del recuerdo y de nuestros juicios acerca de los demás, que tienen un interés especial para los psicólogos de la personalidad (Bandura, 1982; Bargh, 1982; Fong y Markus, 1982; Ingram et al., 1983; Kuiper y Derry, 1981; Locksley y Lenaver, 1981; Markus, 1983; Markus y Sentis, 1982; Markus y Smith, 1981; Rogers, 1981). Las primeras investigaciones daban una mayor importancia a los aspectos puramente cognitivos del self, pero últimamente parece que hay un mayor interés en el papel que juega la afectividad en la organización de la información relevante para el self (Fiske, 1982).

Otro aspecto importante para la personalidad es el de las atribuciones que una persona hace a los acontecimientos y las implicaciones y asociaciones

que esto tiene para la cognición, la afectividad y la motivación (Abelson, 1983; Abranson et al., 1980; Weiner, 1982).

La afectividad y la motivación en las teorías cognitivas y del procesamiento de la información

Kiesler (1982) manifiesta que la comprensión de la relación entre cognición y afectividad y las implicaciones que ésta tiene para la conducta, constituirá un problema teórico central en la década de los ochenta. Existe una gran controversia al respecto y las opiniones son diversas. El problema es importante porque de la resolución del mismo puede depender el modo de conceptualizar e investigar la personalidad. En un primer momento se concedía mayor importancia a lo cognitivo en sí mismo o como determinante de la afectividad, pero hoy son varios los desarrollos del tema.

Todavía son muchos los autores que continúan sugiriendo que lo cognitivo tiene primacía sobre lo afectivo y determina el modo de experimentarnos a nosotros mismos y a los acontecimientos (Abranson et al., 1980; Mandler, 1982; McFarland y Ross, 1982; Smith y Kluegel, 1982; Weiner, 1982; Weiner et al., 1982). Se insiste en el cómo lo cognitivo, especialmente las atribuciones, precede y determina a las emociones.

Otros autores consideran que lo afectivo tiene primacía y puede ser un determinante de lo cognitivo (Zajonc, 1980; Zajonc et al., 1982). Existen numerosos estudios que demuestran los efectos de lo afectivo sobre la cognición, pero centrados en aspectos parciales de la personalidad: influencia de la emoción sobre el recuerdo, el aprendizaje selectivo, la organización de la percepción y los sesgos en el pensar (Bower, 1981; Bower y Cohen, 1982); los efectos de la afectividad en aspectos de la cognición como expectativas y tomas de decisiones (Isen et al., 1982; Rosenhan y Messik, 1966); afectividad y percepción de riesgos (Tuersky y Johnson, 1981); afectividad y atribuciones (Stephan y Gollwitzer, 1981); afectividad y selección del material que entra en la conciencia (Clark y Teasdale, 1982; Snyder y White, 1982); afectividad y procesamiento de información relevante para el sujeto (Natale y Hantas, 1982; Wright y Mischel, 1982); influencia del afecto y del estado de ánimo sobre conductas como la amabilidad y la agresividad (Berkowitz, 1983; Isen y Levin, 1972; Isen et al., 1978; Rosenhan et al., 1981).

Parece claro que el problema queda sin resolver debido principalmente a la complejidad de las relaciones entre cognición y afectividad y a que es ésta una cuestión sobre la que se ha comenzado a trabajar intensamente en fechas todavía recientes; es muy difícil conseguir en tan poco tiempo conclusiones de cierta relevancia científica. Sin embargo, aunque todavía quedan pendientes muchas cuestiones acerca de si se ha establecido o no una conexión

xión causal entre afectividad y cognición, la literatura sobre la atribución-emoción demuestra claramente que existe una relación (Covington y Omelich, 1979; Coyne y Gotlib, 1983; Stephan y Gollwitzer, 1981).

Ya hemos señalado que probablemente una de las causas de que el problema no esté resuelto es que hasta fechas recientes hubo, si no un olvido absoluto, sí un escaso interés por lo afectivo por parte de los enfoques cognitivos. Lo mismo ocurrió con la motivación que quedó relegada al olvido con la llegada de la revolución cognitiva, pero, a diferencia de lo acontecido con la afectividad, la motivación parece no suscitar excesivo interés todavía hoy en estos enfoques del comportamiento humano.

Durante los años sesenta, el interés por la teoría de la motivación giró hacia lo cognitivo y llegó a cuestionarse muy seriamente la utilidad del concepto mismo de motivación (Jones, 1962; Posthan, 1956). Lawrence A. Pervin (1988) ilustra muy bien lo planteado hasta ahora con la siguiente constatación: «Durante los años setenta, los abstracts listados en el "Psychological Abstracts" referentes a la cognición sobrepasaron los de drive, emoción y motivación. En 1978 había cerca de 2.000 abstracts sobre cognición, número cuatro veces superior a los abstracts sobre emoción y aproximadamente diez veces el número de los de motivación. Algo parecido ocurre con el análisis de subcategorías listadas bajo los conceptos de cognición, drive, emoción y motivación en el "Annual Review of Psychology" de los años 1950 a 1979. El primer capítulo centrado en la cognición aparece en 1966 (Van de Geer y Jaspars, 1966). Siguiendo con este punto, las referencias a lo cognitivo aumentan no sólo en términos absolutos, sino también en relación a las referencias a emoción, drive y motivación. En síntesis, lo anterior nos sugiere que los psicólogos no sólo se han volcado en el estudio de la cognición, como en otras disciplinas, sino que lo han hecho descuidando lo demás» (Pervin, 1988, p. 83).

También José Lorenzo González (1987) subraya el poco interés que prestan las corrientes cognitivas o del procesamiento de la información a las cuestiones relacionadas con la afectividad y la motivación: «La existencia de los procesos motivacionales y afectivos no es considerada en estos enfoques o, por lo menos, no lo es suficientemente. Actualmente no pueden ignorarse las repetidas experiencias que muestran el influjo favorable o desfavorable de la motivación y de las emociones en el comportamiento en general y en el procesamiento de información en particular» (González, 1987, p. 240). Neiser (1980) se mostró preocupado por los derroteros por los que camina este punto de vista, pues, según él, se avanza hacia una perspectiva que resulta algo estrecha por la sobreutilización de los conceptos de procesamiento de la información y por el descuido de la motivación. En una revisión de artículos sobre cognición y personalidad, Posner (1981) considera que «así como la psicología cognitiva corre el riesgo de dejar al sujeto humano perdido en el pensamiento sin capacidad para actuar, el enfoque actual deja

sin resolver el problema de cómo se da la acción» (Posner, 1981, p. 340). Mahoney (1980), conocido terapeuta conductual cognitivo, se muestra preocupado por el hecho de que normalmente se tienda a menospreciar la importancia de los procesos inconscientes y a ver los sentimientos de una manera muy limitada.

En síntesis, queda claro que los enfoques cognitivos de la personalidad o los centrados en el procesamiento de la información no han dedicado excesivo tiempo a abordar las cuestiones relacionadas con la afectividad, en el pasado; aunque en fechas más recientes han surgido numerosos trabajos interesados en el tema, parece que todavía y durante bastante tiempo será preciso estudiar el problema fundamental de las relaciones causales entre cognición y afectividad. En lo que a la motivación se refiere, cabe señalar que no ha sido objeto de atención suficiente por parte de estos enfoques en el pasado, ni lo es en el presente, por lo que no se vislumbran señales que auguren un aumento de interés en el futuro.

Limitaciones y riesgos potenciales de los enfoques cognitivos y del procesamiento de la información, en Psicología de la personalidad

Parece innegable que la psicología cognitiva actual, o sea, la centrada en el procesamiento de la información humana, ha realizado importantes aportaciones en el campo de la personalidad, es más, ha abierto unos horizontes que hacen resurgir las esperanzas en una teoría científica, rigurosa e integradora que sea aceptada por la mayoría de los psicólogos de la personalidad. No por ello estos enfoques se ven libres de potenciales riesgos y limitaciones.

Ya hemos señalado anteriormente que las conexiones causales entre afectividad y cognición todavía no han quedado establecidas de forma clara y que la situación actual hace pensar que durante bastante tiempo vamos a estar enfrascados en este problema. También hemos indicado la falta de interés por las cuestiones relativas a la motivación. Ambos problemas, desde nuestro punto de vista, son fundamentales y requieren una solución lo más urgente posible para que la psicología cognitiva de la personalidad satisfaga las expectativas que ha despertado.

Uno de los aspectos de la psicología cognitiva que le hacen distinguirse como psicología de la personalidad, además del contenido de la información procesada, es el interés por las diferencias individuales. La forma en que las personas codifican, almacenan y recuperan información, así como el contenido de esta información, es un aspecto que ha suscitado la atención precisa y está debidamente atendido; sin embargo, la atención a las diferencias individuales en la que está incluido el interés por la organización de los procesos intra-individuales, no ha sido todavía objeto del tratamiento que merece, ni

ha recibido la atención suficiente: «Mientras la corriente cognitiva actual de la personalidad alaba las diferencias individuales, la organización de las estructuras cognitivas y lo idiográfico, sin hacer nada práctico, la pura verdad es que es difícil conseguir estudios de relevancia científica. ¿Ocurre porque llevamos poco tiempo en ello o porque hay algo inherente en este enfoque, a diferencia de gran parte de la teoría de la personalidad tradicional, que opera contra dicha investigación?» (Pervin, 1988, pp. 83-84).

Otra cuestión que queda por resolver o que está en vías de resolución es la que se refiere a la existencia o no de diferencias en la información de categorías de objetos naturales y en la categorización de objetos sociales. Más concretamente, se discute si la formación de categorías de objetos naturales puede ser aplicable a la formación de categorías sociales (Holyak y Gordon, 1984; Lingle, Altom y Medin, 1984). Parece ser que en lo referente a los objetos sociales especialmente la misma persona puede tener muchas maneras de organizar la gente y los acontecimientos del mundo (Hamilton, 1979; Pervin, 1981), o sea, que la gente parece ser capaz de formar estructuras categoriales múltiples para los mismos objetos, muy particularmente cuando son sociales. Además, hay estudios que sugieren que la cognición social es diferente de la cognición de objetos naturales, precisamente por el papel que juega lo afectivo (Cohen, 1981; Hoffman, 1981). Parece, pues, que no queda determinado todavía si las categorías sociales son esencialmente diferentes o no de las categorías de objetos naturales.

Directamente relacionado con la importancia que desde la psicología cognitiva se concede a la individualidad, está el concepto de estilo cognitivo. Las primeras conceptualizaciones del estilo cognitivo en este campo, en general, concebían la personalidad como algo más o menos consistente y estable. Pero a medida que se ha ido dando mayor importancia a la situación específica, debido sobre todo a la influencia de los enfoques conductistas, estas conceptualizaciones han quedado en un segundo plano o han desaparecido y han ido cediendo su terreno a posiciones totalmente opuestas. Aun y todo, en la actualidad ciertos autores presentan conceptos del estilo cognitivo en relación con la atribución (Anderson, 1983; Peterson et al., 1982) o con el autocontrol (Snyder y Campbell, 1982). La cuestión es dilucidar si las concepciones actuales del estilo cognitivo han abandonado la consideración de la consistencia y la estabilidad como atributos de la personalidad; si consideran como fundamental a la hora de conceptualizar el estilo cognitivo la situación o la consideran como factor exclusivo; si en las concepciones actuales, más influidas por posturas behavioristas, tienen cabida las primeras conceptualizaciones o incluso las citadas más arriba, o no.

Conclusiones

El emerger del punto de vista de los enfoques cognitivos de la personalidad ha supuesto un soplido

aire fresco en un campo cuya situación de heterogeneidad pone de manifiesto un estado de cosas en el que se hace necesario un planteamiento integrador entre los diferentes enfoques que sólo podrá surgir del respeto antidogmático a la diversidad y a través de amplios criterios mínimos comúnmente aceptados. Desde este punto de vista se puede admitir que existen paradigmas donde se puede orientar el estudio teórico de la personalidad, pues parece claro que hay una serie de ideas directrices que afloran una y otra vez en las diferentes teorías y que, en buena medida, podrían ser integradas en un futuro en una teoría de naturaleza cognitiva.

Ahora bien, aunque nos mostremos esperanzados por las posibilidades que encierran los desarrollos en psicología cognitiva de la personalidad, e impresionados por la cantidad de actividad investigadora y por las promesas de futuro, también debemos mostrarnos prudentes y mantener ciertas reservas debidas primordialmente a las limitaciones y riesgos potenciales que anteriormente hemos señalado.

También conviene decir que, de momento, la psicología cognitiva no ha elaborado una teoría seria, rigurosa e integradora, aunque algunos vislumbremos, quizá con excesivo optimismo, la potencialidad para hacerlo. Los esfuerzos actuales en personalidad cognitiva han subrayado excesivamente los procesos parciales: «Más que ante una teoría de la personalidad nos hallamos ante estudios sectoriales de gran significado que deberán tenerse en cuenta en la formulación de una teoría más amplia de la personalidad» (González, 1987, p. 240).

Para José Luis Pinillos: «Es probablemente razonable suponer que la psicología cognitiva actual, esto es, la centrada sobre el procesamiento de la información humana, termine por asumir la elaboración de una psicología cognitiva de la personalidad más rigurosa y potente que la que hay de momento en la escena científica. La idea de que existen procesos elementales de información y metacomponentes, operando sobre la representación mental de los objetos y símbolos con los que las personas construyen su mundo, que son susceptibles de ser reproducidos en modelos matemáticos y en modelos de máquina, es una idea sumamente esperanzadora para la psicología de la personalidad» (Pinillos, 1988, p. 10).

Otros autores consideran que desde la psicología cognitiva no es posible elaborar una teoría global de la personalidad: «El enfoque del estudio de la personalidad a partir de los estilos cognitivos o del procesamiento de la información constituyen sendos métodos valiosos para la investigación de una parte de la personalidad. Pero ésta no puede ser reducida ni a los estilos cognitivos ni a la forma de procesar la información» (González, 1987, p. 240).

De cualquier manera hay que señalar que a pesar de su parcialidad, de sus limitaciones y riesgos potenciales, también ha habido avances en múltiples problemas específicos y hay una mayor amplitud de miras y una mayor flexibilidad que la habida en el pasado, lo que hace que las previsiones para el futuro sean razonablemente esperanzadas.

Referencias

- Abelson, R. P. (1983): Whatever became of consistency theory?, *Personality and Social Psychology Bulletin*, 9, 37-54.
- Abranson, L. Y.; Garber, J., y Seligman, M. E. P. (1980): Learned helplessness in humans. En J. Garber, M. E. P. Seligman (eds.): *Human Helplessness*, New York, Academic, 3-34.
- Amelang, M., y Bartussek, D. (1986): *Psicología diferencial e investigación de la personalidad*, Barcelona, Herder.
- Anderson, C. A. (1983): Motivational and performance deficits in interpersonal settings: The effect of attributional style, *Journal of Personality and Social Psychology*, 45, 1136-1147.
- Baldwin, A. C. (1969): A cognitive theory of socialization. En D. Goslin (dir.): *Handbook of Socialisation and Research*, Chicago, Rand MacNally, 325-345.
- Bandura, J. A. (1982): Self-efficacy mechanism in human agency, *American Psychologist*, 37, 122-147.
- Bargh, J. A. (1982): Attention and automaticity in the processing of self-relevant information, *Journal of Personality and Social Psychology*, 43, 425-436.
- Berkowitz, L. (1983): Aversively stimulated aggression, *American Psychologist*, 38, 1135-1144.
- Blake, R. R., y Ramsey, G. V. (eds.) (1951): *Perception: An Approach to Personality*, New York, Ronald.
- Bower, G. H. (1978): Contacts of cognitive psychology with social learning theory, *Cognitive Therapy and Research*, 2, 123-146.
- Bower, G. H. (1981): Mood and memory, *American Psychologist*, 36, 129-148.
- Bower, G. H., y Cohen, P. R. (1982): Emotional influences in memory and thinking: Data and theory. En M. S. Clark y S. T. Fiske (eds.): *Affect and Cognition*, Hillsdale, N. J., Erlbaum, 291-332.
- Cantor, N. (1981): A cognitive-social approach to personality. En N. Cantor y J. F. Kihlstrom (eds.): *Personality, Cognition and Social Interaction*, Hillsdale, N. J., Erlbaum.
- Cantor, N.; Kihlstrom, J. F. (eds.) (1981): *Personality, Cognition and Social Interaction*, Hillsdale, N. J. Erlbaum.
- Cantor, N.; Kihlstrom, J. F. (1982): Cognitive and social processes in personality. En G. T. Wilson y C. M. Franks (eds.): *Contemporary Behavior Therapy: Conceptual and Empirical Foundations*, New York, Guilford, 142-201.
- Carlson, R. (1975): Personality, *Annual Review of Psychology*, 26, 393-414.
- Clark, D. M., y Teasdale, J. D. (1982): Diurnal variation in clinical depression and accessibility of memories of positive and negative experiences, *Journal of Abnormal Psychology*, 91, 87-95.
- Clark, M. S., y Fiske, S. T. (eds.) (1982): *Affect and Cognition*, Hillsdale, N. J., Erlbaum.
- Cohen, C. (1981): Goals and schemata in personal perception: Making sense from the stream of behavior. En N. Cantor y J. F. Kihlstrom (eds.): *Personality, Cognition and Social Interaction*, Hillsdale, N. J. Erlbaum, 45-68.
- Covington, M. V., y Omelich, C. L. (1979): Are causal attributions causal? A path analysis of the cognitive model of achievement motivation, *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 1487-1504.
- Coyne, J. C., y Gotlib, I. H. (1983): The role of cognition in depression: A critical appraisal, *Psychological Bulletin*, 94, 472-505.
- Cueli, J., y Reidl, L. (1983): *Teorías de la personalidad*, México, Trillas.
- Dyer, M. G. (1983): The role of affect in narratives, *Cogn. Sci.*, 7, 211-242.
- Eysenck, H. J., y Eysenck, M. W. (1987): *Personalidad y diferencias individuales*, Madrid, Pirámide.
- Fiske, S. T. (1982): Schema-triggered affect: Applications to social perception. En M. S. Clark y S. T. Fiske (eds.): *Affect and Cognition*, Hillsdale, Erlbaum, 55-78.
- Fisseni, H. J. (1987): *Psicología de la personalidad. En busca de una ciencia*, Barcelona, Herder.
- Fong, G. T., y Markus, H. (1982): Self-schemas and judgments about others, *Soc. Cogn.*, 1, 191-204.
- Goldstein, K. M., y Blackman, S. (1978): *Cognitive Style: Five Approaches to Relevant Research*, New York, Wiley.
- González, J. L. (1987): *Psicología de la personalidad*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Gur, R. C., y Sackheim, H. A. (1979): Self-deception: A concept in search of a phenomenon, *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 147-169.
- Hamilton, D. L. (1979): A cognitive attributional analysis of stereotyping, *Adv. Exp. Soc. Psychol.*, 12, 53-84.
- Hampson, S. E. (1986): *La construcción de la personalidad*, Barcelona, Paidós.
- Hastorf, A. H., e Isen, A. M. (eds.) (1982): *Cognitive Social Psychology*, Amsterdam, Elsevier.
- Helson, R., y Mitchell, V. (1978): Personality, *Annual Review of Psychology*, 29, 55-585.
- Higgins, E. T.; Herman, C. P., y Zanna, M. P. (eds.) (1981): *Social Cognition*, Hillsdale, N. J. Erlbaum.
- Hilgard, E. R. (1980): The trilogy of mind: Cognition, affection, and conation, *J. Hist. Behav. Sci.*, 16, 107-117.
- Hoffman, M. L. (1981): Perspectives on the difference between understanding people and understanding things: The role of affect. En J. H. Flavell y L. Ross (eds.): *Social Cognitive Development*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 67-81.
- Holyoak, K. J., y Gordon, P. C. (1984): Information processing and social cognition. En R. S. Wyer, T. K. Srull y J. Hartwick (eds.): *Handbook of Social Cognition*, Hillsdale, N. J. Erlbaum.
- Ingram, R. E.; Smith, T. W., y Brehm, S. S. (1983): Depression and information processing: self-schemata and the encoding of self-referent information, *Journal of Personality and Social Psychology*, 45, 412-420.
- Isen, A. M., y Lewin, P. F. (1972): Effect of feeling good on helping: Cookies and Kindness, *Journal of Personality and Social Psychology*, 21, 384-388.
- Isen, A. M.; Means, B.; Patrick, R., y Nowicki, G. (1982): Some factors influencing decision-making strategy and risk taking. En M. S. Clark y S. T. Fiske, *Affect and Cognition*, Hillsdale, N. J. Erlbaum, 243-262.
- Izard, C.; Kagan, J., y Zajonc, R. (eds.) (1984): *Emotions, Cognition and Behavior*, New York, Cambridge University Press.
- Jones, M. (1962): Introduction, *Nebraska Simp. Motiv.*, 10.
- Kelly, G. (1955): *The Psychology of Personal Constructs*, New York, Norton.
- Kiesler, C. (1982): Comments. En M. S. Clark y S. T. Fiske: *Affects and Cognition*, Hillsdale, N. J., Erlbaum, 111-118.
- Köstlin-Gloger, G. (1974): *Socialization und kognitive Stile*, Weinheim, Beltz.
- Kuiper, N. A., y Derry, P. A. (1981): The self as a cognitive prototype: An application to person perception and depression. En N. Cantor y J. F. Kihlstrom (eds.): *Personality, Cognition and Social Interaction*, Hillsdale, N. J., Erlbaum.
- Locksley, A., y Lenaver, M. (1981): Considerations for a theory of self-inference processes. En N. Cantor y J. F. Kihlstrom (eds.): *Personality, Cognition and Social Interaction*, Hillsdale, N. J. Erlbaum, 263-277.
- Loevinger, J., y Knoll, E. (1983): Personality: Stages, traits, and the self, *Annual Review of Psychology*, 34, 195-222.

- Mahoney, M. J. (1980): *Psychotherapy Process*, New York, Plenum.
- McFarland, C., y Ross, M. (1982): Impact of causal attributions on affective reactions to success and failure, *Journal of Personality and Social Psychology*, 43, 937-946.
- Mandler, G. (1982): Cognitive underpinnings of affect. En M. S. Clark y S. T. Fiske (eds.): *Affect and Cognition*, Hillsdale, N. J., Erlbaum, 3-36.
- Markus, H., y Smith, J. (1981): The influence of self-schemata on the perception of others. En N. Cantor y J. F. Kihlstrom (eds.): *Personality, Cognition and Social Interaction*, Hillsdale, Erlbaum, 233-262.
- Markus, H., y Sentis, K. (1982): The self in social information processing. En J. Suls (ed.): *Psychological Perspectives on the Self*, Hillsdale, N. J., Erlbaum, 41-90.
- Markus, H. (1983): Self-Knowledge: An expanded view, *Journal of Personality*, 51, 543-565.
- Meehl, P. E. (1978): Theoretical risks and tabular asterisks: Sir Karl, Sir Ronald and the slow progress of soft psychology, *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 46, 806-834.
- Messik, S., y Ross, J. (eds.) (1962): *Measurement in Personality and Cognition*, New York, Wiley.
- Mischel, W. (1979): *Introducción a la personalidad*, México, Interamericana.
- Mischel, W. (1981): Personality and cognition: Something borrowed, something new? En N. Cantor y J. F. Kihlstrom (eds.): *Personality, Cognition and Social Interaction*, Hillsdale, N. J., Erlbaum, 3-19.
- Mischel, W. (1983): Alternatives in the pursuit of the predictability and consistency of persons: Stable data that yield unstable interpretations, *Journal of Personality*, 51, 578-604.
- Natale, M., y Hantas, M. (1982): Effect of temporal mood states on selective memory about the self, *Journal of Personality and Social Psychology*, 41, 132-178.
- Neiser, V. (1980): On «social knowing», *Personality and Social Psychology Bulletin*, 6, 601-605.
- Nisbett, R. E., y Wilson, T. D. (1977): Telling more than we know: Verbal reports on mental processes, *Psychological Review*, 84, 231-279.
- Pervin, L. A. (1975): *Personalidad, Teoría, Diagnóstico e Investigación*, Bilbao, Desclée de Brouwer.
- Pervin, L. A. (1981): The relation of situations to behavior. En D. Magnusson (ed.): *Toward a Psychology of Situations: An Interactional Perspective*, Hillsdale, N. J., Erlbaum, 343-360.
- Pervin, L. A. (1988): Personalidad: controversias, problemas y tendencias actuales, *Revista de la Psiquiatría y Psicología Humanista*, 19-20, 73-98.
- Peterson, C.; Semmel, A.; Von Baeyer, C.; Abramson, L. Y.; Metalsky, G. I., y Seligman, M. E. P. (1982): The Attributional Style Questionnaire, *Cognitive Therapy and Research*, 6, 287-300.
- Phares, E. J., y Lamiell, J. T. (1977): Personality, *Annual Review of Psychology*, 28, 113-140.
- Pinillos, J. L. (1988): La personalidad, *Revista de Psiquiatría y Psicología Humanista*, 19-20, 4-17.
- Posner, M. (1981): Cognition and personality. En N. Cantor y J. F. Kihlstrom (eds.), *Personality, Cognition and Social Interaction*, Hillsdale, N. J., Erlbaum, 339-340.
- Postman, L. (1956): Review of Nebraska Symposium on Motivation, *Contem. Psychol.*, 1, 229-230.
- Rogers, T. B. (1981): A model of the self as an aspect of the human information processing system. En N. Cantor y J. F. Kihlstrom (eds.): *Personality, Cognition and Social Interaction*, Hillsdale, Erlbaum, 193-214.
- Rorer, L. G., y Widiger, T. A. (1983): Personality structure and assesment, *Annual Review of Psychology*, 34, 431-463.
- Rosenhan, D., y Messik, S. (1966): Affect expectation, *Journal of Personality and Social Psychology*, 3, 38-44.
- Rosenhan, D. L.; Salovey, P.; Karylowsky, J., y Hargis, K. (1981): Emotion and altruism. En J. P. Rushton y M. P. Sorrentino (eds.): *Altruism and Helping Behavior*, Hillsdale, N. J., Erlbaum, 233-248.
- Sackheim, H. A., y Gur, R. C. (1979): Self-deception, other deception, and self-reported psychopathology, *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 47, 213-215.
- Schrest, L. (1976): Personality, *Annual Review of Psychology*, 27, 1-28.
- Sigel, I. E.; Jarman, P., y Hanesian, H. (1967): Styles of categorization and their intellectual and personality correlates in young children, *Human Development*, 10, 1-17.
- Smith, E. R.; Kluegel, J. R. (1982): Cognitive and social bases of emotional experience: Outcome, attributions, and affects, *Journal of Personality and Social Psychology*, 43, 1129-1141.
- Snyder, M., y White, P. (1982): Moods and memories: Elation, depression, and the remembering of the events of one's life, *Journal of Personality*, 50, 149-167.
- Snyder, M., y Campbell, M. H. (1982): Self monitoring: The self in action. En J. Suls (ed.): *Psychological Perspectives on the Self*, Hillsdale, N. J., Erlbaum, 185-207.
- Stephan, W. G., y Golwitzer, P. M. (1981): Affect as a mediator of attributional egotism, *J. Exp. Soc. Psychol.*, 17, 443-458.
- Thomae, H. (1971): Die Bedeutung einer kognitiven Persönlichkeitstheorie für die theorie del Alterus, *Z. F. Gerontol*, 4, 8-18.
- Trautner, H. M. (1978): *Lehrbuch derentwicklungspsychologie*, Gotinga, Hogrefe.
- Tuersky, A., y Johnson, E. J. (1981): Affect and the perception of risk, *Proc. 3rd. Ann. Conf. Cogn. Sci. Soc.*
- Van de Geer, J. P., y Jaspars, J. M. F. (1966): Cognitive functions, *Annual Review of Psychology*, 17, 145-176.
- Van Rillaer, J. (1978): *La agresividad humana*, Barcelona, Herder.
- Weiner, B. (1982): The emotional consequences of causal attributions. En M. S. Clark y S. T. Fiske (eds.): *Affect and Cognition*, Hillsdale, N. J., Erlbaum, 185-210.
- Weiner, B.; Grahams, S., y Chandler, C. (1982): Pity, anger, and guilt: An attribution analysis, *Personality and Social Psychology Bulletin*, 8, 226-232.
- Wilson, G. T.; Franks, C. M. (eds.) (1982): *Contemporary Behavior Therapy: Conceptual and Empirical Foundations*, New York, Guilford.
- Wright, J., y Mischel, W. (1982): Influence of affect on cognitive social learning person variables, *Journal of Personality and Social Psychology*, 43, 901-914.
- Wyer, R. S.; Srull, T. K., y Hartwick, J. (eds.) (1984): *Handbook of Social Cognition*, Hillsdale, N. J., Erlbaum.
- Zajonc, R. B. (1980): Feeling and thinking: Preferences need no inferences, *American Psychologist*, 35, 151-175.
- Zajonc, R. B.; Pietromonaco, P., y Bargh, J. (1982): Independence and interaction of affect and cognition. En M. S. Clark y S. T. Fiske (eds.): *Affect and Cognition*, Hillsdale, N. J., Erlbaum, 211-218.
- Zanna, M. P.; Higgins, E. T., y Herman, C. P. (editores) (1982): *Consistency in Social Behavior*, Hillsdale, N. J., Erlbaum.